

Mis pequeños

HÉROES



Pelé





Si les preguntaras a tus padres o a alguna persona mayor quién ha sido el mejor jugador de fútbol de la historia, muchos dirían mi nombre. Quizá tengan razón, porque marqué numerosos goles y gané muchísimos partidos. En realidad, este es el sueño de todo futbolista: ganar y marcar goles. Incluso para algunos esto es lo único que cuenta, y están dispuestos a hacerte daño y ser tramposos solo para ser campeón.

A mí nunca me gustaron las trampas ni el juego sucio. Para mí el deporte es un espectáculo, y jugaba para pasármelo bien, para hacer cosas bonitas con el balón y que el público disfrutara con mi juego. Quería mostrar a la gente lo bello que podía ser el fútbol, y lo conseguí.

Me llamo Edson Arantes do Nascimento, pero todo el mundo me conoce como Pelé. Si quieres saber cómo conseguí convertirme en el rey del fútbol, sígueme en estas páginas.

Esta es mi historia.



Nací el 23 de octubre de 1940 en la ciudad de Três Corações, al sureste de Brasil. Mi madre se llamaba Celeste y a mi padre le conocían como Dondinho. Ese era el apodo que le habían puesto en su equipo de fútbol. Mi papá era un grandísimo jugador, pero ganaba muy poco dinero con el deporte, así que nació en una familia pobre.

–Celeste, toma tu bebé recién nacido. ¡Mira qué piernas tiene! Creo que ha nacido un rey, **un rey del deporte**.

–¡No lo digas ni en broma! Espero que sea médico o profesor. ¡No quiero que mi hijo sea pobre toda su vida! Pero... en una cosa tienes razón. ¡Es un reyecito tan lindo!

El día que nació llegó la luz a casa. ¡Y no solo porque yo hubiera llegado al mundo! Ese día mis padres pusieron las primeras bombillas eléctricas en nuestro hogar. Estaban tan contentos con ellas que, a la hora de escoger mi nombre, se inspiraron en el científico que ideó las bombillas de larga duración, Edison. Y por eso me llamaron Edson.



Cuando yo tenía 5 años, mi padre se lesionó en el campo de fútbol y nunca más pudo volver a jugar como profesional, así que se buscó otro trabajo en Bauru, una población al noreste de São Paulo. En las calles de Bauru encontré mi paraíso. Allí, los niños del barrio jugábamos a fútbol hasta el anochecer. Como todos éramos pobres, nadie tenía una pelota de verdad, así que las hacíamos con trapos cosidos. No teníamos dinero, pero nos sobraba imaginación.

–¡Edson, no chutes tan fuerte! ¡Siempre descoses la pelota!
–No te preocupes, la volveré a coser esta noche y mañana estará como nueva.

Fue en esa época en la que **empezaron a llamarme Pelé**. Todo empezó por mi culpa: yo no paraba de hablar del equipo de mi padre, y de su gran portero, que se llamaba Bilé. Mis amigos no debieron de entender bien el nombre, y me acabaron llamando casi como él, Pelé, un apodo que, aunque no me gustó, me acompañó toda la vida.





Pronto vi que, para poder mejorar la técnica, necesitaba una pelota de verdad. Como mis padres no podían comprármela, **decidi ponerme a trabajar**. Con 12 años comencé a vender paquetes de cacahuets en la estación de tren del pueblo y, cuando reuní unas monedas, me compré el material para hacer de limpiabotas.

Limpiaba el calzado de los amigos de mis padres, y también iba a la estación y allí sacaba brillo a los zapatos de los viajeros. Con los ahorros, conseguí comprarme una buena pelota y una camiseta profesional.

–Edson, deja mis zapatos. ¡Solo quiero visitar a tus padres! Además, ya me los limpiaste ayer.

–Está bien, pero podría limpiártelos por la mitad de precio...

Con 15 años empecé a jugar con el club de fútbol de mi ciudad, el Bauru Atlético Clube, y tuve la suerte de que se fijara en mí un ojeador, que son las personas que buscan jóvenes promesas para los clubes profesionales. El que vino a verme jugar no era un ojeador cualquiera, venía en nombre del Santos, el mejor equipo de São Paulo y uno de los mejores de Brasil!

–Chico, quiero que vengas a São Paulo a jugar con nosotros.

–¿De verdad?

–Pues sí, creo que puedes llegar a ser un buen goleador.

–¿Cuándo nos vamos?

Me volví loco de alegría. **Jugar como un profesional me parecía un sueño** hecho realidad. Lo único malo es que tenía que vivir en São Paulo, que estaba a 400 kilómetros de mi ciudad y de mi familia. ¡Mi mamá se puso tan triste!



Yo estaba feliz, pero al llegar al Santos me sentí como un pez fuera del agua. Mis compañeros eran mayores que yo, se conocían y jugaban muy bien. Yo me moría de ganas de salir al campo en algún partido, pero por algún motivo que desconocía, el entrenador nunca me sacaba del banquillo. Hasta que un día, lo entendí todo.

Me mandó a la enfermería para que me hicieran una revisión médica. Aunque todo salió bien, **me puso una misión muy golosa.**

–Hijo, estás estupendo, pero tenemos un problema.

–¿Me tengo que poner alguna vacuna?

–No. Quiero que comas más y te engordes un poco, eres demasiado flaco para jugar con los mayores.

–¿Y luego podré jugar un partido? ¿Media parte ni que sea?

Aparte de la comida, también fui a clases de karate. De esa manera me haría más fuerte y aprendería a no hacerme daño cuando me tiraran al suelo, una destreza vital para un buen futbolista.



Poco a poco en el Santos me fui haciendo famoso. Marcaba goles, ganábamos partidos y el público brasileño me aplaudía con fervor. Les gustaba mi manera de jugar. Pero mi gran momento aún estaba por llegar.

Fue el 28 de junio de 1958 en el estadio Rasunda, en Suecia. Ese día la selección de Brasil, en la que yo jugaba, se disputaba la final del Mundial con la selección de Suecia. El estadio estaba lleno y las cámaras de televisión retransmitían el partido a todo el mundo. Iba a ser un partido muy difícil. Los suecos eran altos y fuertes, habían ganado muchos partidos y tenían el público a su favor.

Pero ese día le demostré a todo el mundo lo que podía hacer con un balón. Con mi juego llevé a Brasil hasta la victoria, y marqué dos goles increíbles. ¡Con solo 17 años **había ganado un Mundial**, el primero de Brasil!

Cuando acabó el partido, me puse a llorar de la emoción, y mis compañeros me subieron a hombros porque había sido el héroe del partido.

—Este chico es el mejor. ¿Has visto lo que ha hecho? ¡Y solo tiene 17 años!

—Y que lo digas. ¡Pelé es el mejor jugador de fútbol del mundo!



Durante los siguientes años jugué tantos partidos como pude, a veces incluso dos en un mismo día. Estaba en la cima de mi carrera, me sentía fuerte y cada vez marcaba más goles.

Lo mejor de todo es que conseguimos que el Santos ganara contra equipos muy buenos, y en 1962 logramos participar en la Copa Libertadores de América, un torneo en el que solo juegan los mejores equipos de Suramérica. ¡Y ganamos! Fuimos el primer equipo brasileño en ganar la Copa Libertadores, y esto nos llenó de orgullo.

Por si fuera poco, ese mismo año volví a ganar el Mundial con la selección de Brasil. A mis 21 años, ya había ganado **dos copas del mundo**, era algo que ni yo mismo me podía creer. ¡Yo, que de niño no había tenido dinero ni para comprarme una pelota!

—¿En qué piensas, Pelé?

—En nada, solo que a veces me cuesta creer que lo que está pasando no es un sueño.



Sin embargo, todo cambió en 1963, cuando el Santos volvió a participar en la Copa Libertadores de América. Allí me di cuenta de que algunos jugadores no entendían el fútbol de la misma forma que yo, y que estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de conseguir la victoria. Daban patadas, codazos, te tiraban al suelo...

Por desgracia, cada vez había más futbolistas y entrenadores que practicaban el juego sucio para ganar un campeonato. Hasta

que, en el Mundial de 1966, que se celebró en Suecia, me lesioné la rodilla. Estaba muy disgustado, pero, sobre todo, enfadado y dolido. El fútbol era **un deporte bonito** que podía disfrutarse con los demás jugadores y con el público. Tenía que ser un espectáculo, y no una pelea.

–¿Cómo estoy, doctor? ¿Me recuperaré?

–Tienes unos músculos de acero, pero con estas entradas te van a acabar hiriendo. Tendrás que vigilar más...



Me recuperé de la lesión, y en 1970 ya estaba listo para jugar otro Mundial con la selección de Brasil. Esta vez era en México, y fui allí con unos compañeros buenísimos: Jairzinho, Gerson, Tostao, Rivelino... ¡éramos un equipo impresionante! Pero no podíamos confiarnos. En los Mundiales hay que enfrentarse a las mejores selecciones del mundo, llenas de grandes jugadores.

Con mucha concentración y esfuerzo, poco a poco fuimos ganando partidos hasta llegar de nuevo a la final. Allí nos esperaba Italia, imenudo equipazo! Los italianos también eran muy buenos y tenían la moral alta. Nadie sabía lo que pasaría.

El partido empezó muy disputado, pero entre todos logramos llevar a Brasil hasta la victoria. Y yo volví a marcar dos goles en la final, como había hecho en el Mundial de Suecia.

–¡Goooooooooooooooooool!

–¡Hemos ganado la copa, chicos! ¡Otra vez!

Era la tercera copa del mundo que ganaba con la selección brasileña. Ningún jugador había ganado tantas copas mundiales. Por ese motivo, a partir de ese momento **empezaron a llamarme el Rey.**



Cuando cumplí 34 años me fui a vivir a Nueva York. Estaba cansado de jugar tantos partidos seguidos, mi cuerpo ya no aguantaba el ritmo. Sabía que en la liga de fútbol norteamericana se disputaban menos partidos que en la brasileña, así que me fui a jugar con un equipo de allí.

Fue una experiencia única e inolvidable. Nueva York es una ciudad muy bonita, con muchísimas cosas y centenares de tiendas abiertas a todas horas. Pero por desgracia, tenía un parecido con Brasil, y es que también había niños pobres en las calles. En cuanto les veía, me acercaba a ellos y les animaba para jugar un partido

de fútbol. Estaba convencido de que **a través del deporte se pueden conseguir milagros**, y que no importa de dónde vengas ni de dónde seas para ser un buen jugador. Yo era la mejor prueba.

–Chicos, ¿puedo jugar con vosotros?

–¡Es Pelé!

–¡Ven con nuestro equipo!

–¡No! ¡Con el nuestro!

–Puedo jugar con los dos, tenemos toda la tarde por delante.



En 1977, decidí retirarme del campo de juego. Había jugado más de 1300 partidos, había marcado más de 1200 goles, y había pisado 80 países diferentes. Ahora sí, había llegado el momento de dejar el fútbol y **dedicarme a los niños**. Empecé una gira de viajes para recaudar fondos para ellos. Poco después, en 1977, la Organización de las Naciones Unidas me entregó la condecoración de «Ciudadano del Mundo», y Unicef, que es la parte de la ONU que cuida de los niños, me nombró embajador de buena voluntad.

–Usted, que es un hombre famoso, ¿por qué se dedica a ayudar a los niños?

–Antes de convertirme en Pelé, fui solo Edson. Y Edson fue un niño pobre. Nunca debemos olvidar de dónde venimos.





Me llamo **Pelé** y esta ha sido mi historia. Nací en una familia pobre del sureste de Brasil y jamás pensé que algún día me convertiría en uno de los mejores jugadores de fútbol de la historia, pero con empeño, esfuerzo y muchísimos entrenamientos, lo conseguí. El camino no fue fácil: tuve que enfrentarme a equipos que jugaban de una forma muy sucia, con entradas despiadadas y con malas intenciones. Pero eso no me impidió seguir adelante con mi juego bonito, y al final, demostré que el fútbol es un deporte bello en el que lo importante es pasarlo bien y disfrutar. Solo con haber alegrado la vida de los espectadores que me vieron con mis tácticas y mis goles, me doy por satisfecho.

El fútbol fue mi camino, ahora te toca a ti buscar el tuyo.

FIN



PELÉ: ESTA ES SU HISTORIA



Pelé nació en una familia pobre en el pueblo de Três Corações, al sureste de Brasil. Su padre, al que llamaban «Dondinho», era un futbolista muy bueno, pero tuvo que retirarse joven de los campos de juego debido a una lesión. Pelé heredó de él **SU PASIÓN POR EL FÚTBOL**, al que jugaba sin parar con sus amigos.

A los 15 años se incorporó al Santos, el equipo más importante de la región. Unos meses después ya debutó con los mayores. En 1958, con 17 años, llevó a la selección de su país a ganar **SU PRIMER MUNDIAL**. ¡Cómo lloró de alegría al recibir la copa!

En 1962 y 1963, Pelé ganó con el Santos dos Copas Libertadores, la competición de clubes más importante de América del Sur, y dos Copas Intercontinentales, contra los campeones de Europa. La gente le consideraba **EL MEJOR JUGADOR DEL MUNDO**, y algunos jugadores empezaron a intentar pararlo con juego sucio.

El Mundial de 1966 fue un ejemplo de esa nueva táctica para impedirle marcar: una dura entrada lo lesionó, y Brasil quedó eliminada. Pero **PELÉ NO SE RINDIÓ** y siguió ganando más títulos con el Santos (en total ganó veinticinco) y con Brasil (en 1970, consiguió su tercer mundial). No dejó nunca de marcar goles: en toda su carrera hizo... ¡más de 1200!

Durante los siguientes años, Pelé siguió marcando goles y ganando campeonatos con su equipo, el Santos. Pero jugó tantos partidos que **SU CUERPO EMPEZÓ A RESENTIRSE**. Se notaba cansado y adolorido. Solo en 1959, por ejemplo, jugó 103 partidos. ¡Piensa que, en la actualidad, los mejores futbolistas suelen jugar unos 60 partidos al año!

En 1962 Pelé jugó su **SEGUNDA COPA DEL MUNDO** con Brasil, en Chile. Pero estaba lesionado y, aunque lo intentó hasta el final, solo pudo jugar un par de partidos. Por suerte, Brasil tenía otros jugadores maravillosos, como Garrincha o Amarildo, y la selección volvió a ganar la copa.



Pelé jugó sus últimos años como futbolista en el Cosmos, en Estados Unidos. Luego se retiró, pero siempre ha seguido vinculado al fútbol y **NUNCA HA OLVIDADO QUE FUE POBRE**. Ha participado en numerosas actividades para ayudar a los niños y para promover el deporte. Con sus regates y sus goles, ha alegrado los corazones de los aficionados durante décadas.



1 ¿ME ENCUENTRAS?

A lo largo del libro he ido dejando algunos objetos que formaron parte de mi vida. ¿Me ayudas a encontrarlos?



COPA DEL MUNDO



CAJA DE LIMPIABOTAS



REVISTAS



BALÓN DE AMASIJOS



BOMBILLA



BOTAS

3 ¿ME CONOCES?

Ahora que ya me conoces, sabes lo mucho que me gustaba el deporte; debajo verás cuatro pelotas, pero solo con una de ellas me lo pasé en grande. ¿La reconoces?



A



B



C



D

2 ¿VERDADERO O FALSO?

V

F

¿Cuáles de estas afirmaciones crees que son verdaderas y cuáles falsas?

- No conseguí ganar nunca la Copa del Mundo. ¡Qué pena!
- En total, marqué más de mil goles a lo largo de mi carrera de futbolista.
- La Organización de las Naciones Unidas me nombró «Ciudadano del mundo».
- Antes de retirarme, fui astronauta en una organización llamada Cosmos.

SOLUCIONES:

1. ¿ME ENCUENTRAS?

Copa del mundo: la viste al final de mi historia.

Caja de limpiabotas: con ella me puse a trabajar muy

dura para poder comprar una pelota y una camiseta

profesional.

Revistas: salí en todas ellas cuando ganamos nuestra

tercera copa del mundo.

Balón de amasijos: lo hicimos los niños del barrio para

poder jugar a fútbol.

Bombilla: nos alumbraba el día en que nací.

Botas: aparecieron al principio de mi historia.

2. VERDADERO O FALSO

Falso. ¡Gané el Mundial de fútbol nada más y nada

menos que tres veces!

Verdadero.

Verdadero.

Falso. Es verdad que estuve en el Cosmos, pero era un

equipo de fútbol de Nueva York en el que me dediqué a

lo mío, marcar goles, ¡no a salir al espacio!

3. ¿ME CONOCES?

C, mi mejor amigo siempre fue la pelota de fútbol.



Pelé

La mayoría de héroes que conocemos son seres extraordinarios con poderes mágicos y una capa ondeando en sus hombros. Pero también existen héroes de carne y hueso, tan humanos como tú y como yo, que algunas veces se equivocan y otras aciertan a lo grande.

Pelé fue uno de ellos. Sus poderes fueron un increíble control del balón, un espíritu noble en el terreno de juego, mucho respeto por todos los jugadores, fueran o no de su equipo, y muchísimas horas de duro entreno. Gracias a ellos, este futbolista metió más de 1200 goles, jugó más de 1300 partidos y pisó el campo de 80 países diferentes. El estilo de juego de Pelé enamoró a las aficiones de todo el mundo por lo bonito que era, y porque en el campo solo buscaba disfrutar del deporte con su equipo y su afición. Así fue la proeza de Pelé, y esta es su historia.